



de las que habeis profesado en nuestro V. Orden? Si cuando todo el mundo corre precipitado á los placeres, al luxo, á la vanidad y á la desenvoltura, no hacemos nosotros frente á este desorden general, que como un impetuoso torrente se extiende sobre toda la tierra; si cuando estudian todos en la avaricia, raíz fecunda de los vicios, no manifestamos nosotros un noble y cristiano desinterés de las cosas del mundo; si cuando los pecadores marchan levantada la cabeza, llenos de orgullo y de soberbia, no mostramos nosotros celo por la causa de Dios, junto con la humildad y mansedumbre que tanto nos recomienda el evangelio; finalmente si cuando los hijos del siglo se fatigan por restablecer y adelantar las obras de tinieblas; quiero decir, las delicias, los bailes, los juegos ruinosos, la gula, la destemplanza, que reservan de propósito para los dias consagrados á Dios, para que sea mas solemne la desercion y mas atroz la

injuria, no asistimos nosotros á los ejercicios de piedad, y á que voluntariamente nos hemos obligado por nuestra profesion, temerosos tal vez de que nos tengan por beatos, como dice el vulgo, ó por ilusos, fanáticos y visionarios, como nos llaman los hereges y libertinos; esto, ¿qué otra cosa es que avergonzarnos de Jesucristo, de su evangelio y de las obras de luz? Y en esta desgraciada hipótesis, ¿cuál será nuestra suerte, hermanos míos? Yo no dudo exponerla á los ojos de vuestra fe. Ésta nos intimaba que si así nos conducimos seremos desconocidos de Jesucristo delante de su Padre celestial. Terrible sentencia, señores, que no me atrevería á proferir á no haberla antes pronunciado el mismo Dios de magestad que nos ha de juzgar. Seguidme con atencion.

Envia el Salvador á predicar á sus discípulos, y despues de haberles impuesto varios preceptos, les dice: si al-

guno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, abrace su cruz diariamente, y sígame; porque el que así no lo hiciere no es digno de mí. ¿Qué le aprovecha al hombre lograr todo el mundo, si se pierde él mismo, y padece su alma detrimento? El que se avergonzáre de mí y de mis palabras, el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en su magestad, y del Padre y de los santos ángeles.

Hé aquí, señores, el fundamento sólido en que estriba nuestro V. Orden, y aun el edificio cristiano. Nuestro padre seráfico no se propuso otro objeto en la institucion de sus tres órdenes que hacer frente con ellas á la corrupcion del siglo, confesando de palabra y por obra abiertamente á Jesucristo. Fiel discípulo suyo, no se avergüenza del evangelio, como otro Pablo. No se avergüenza, digo, de la pobreza, de la desnudéz evangélica, de la humildad, de los abati-

mientos, del desprecio del mundo, del sufrimiento en las injurias y adversidades, máximas todas que consagró Jesucristo con su exemplo. No se avergüenza de orar y demas ejercicios de religion que acreditan á los verdaderos discípulos del Salvador: nõ se avergüenza de parecer en público en hábito despreciable y penitente: no se avergüenza de ser burlado, mofado y despreciado de los mundanos, sabiendo que mucho antes lo habian executado con Jesucristo, y que los que quieren vivir en la piedad de su Señor han de ser perseguidos, como enseña san Pablo. Mira por el contrario todas estas cosas como un rico patrimonio, que desea ardientemente pase por herencia á sus hijos, á fin de que puedan seguir reparando la iglesia, obra que el mismo Jesucristo le habia encomendado.

Estas máximas, hermanos míos, aunque comunmente despreciadas en el dia, son la basa fundamental en que

estriba no solo nuestra V. Orden, sino el edificio de la moral cristiana, y á este fin hemos sido fundados en la iglesia: institucion recomendable y santa, que tiene por primer objeto acreditar la causa de Dios y su doctrina contra los escándalos del siglo y las obras de tinieblas. Sí, señores, el amor á nuestro Criador y la caridad, alma y nervio de todo el cristianismo, no puede subsistir ni conservarse sino entre la piedad y el espíritu de penitencia; ni la obra de la reparacion de la iglesia, á que hemos sido asociados por nuestra profesion, se puede conciliar con el espíritu del mundo; porque jamas habrá participacion entre Jesucristo y Belial, entre la luz y las tinieblas.

¿Cuándo volveréis vosotros, siglos religiosos, en que con edificacion de todo el mundo vimos florecer á este V. Orden con notable ruina de las potencias infernales? Desde el oriente al occidente, desde el aquilon al

mediodia gentes de todas edades, de todas condiciones y estados abrazaban con ardor este santo instituto, y se gloriaban de asistir públicamente á sus ejercicios. Los pontífices, los reyes, los cardenales, los sabios, los grandes no se desdenaban vestir nuestro hábito y ceñir nuestro cordon, mirándole como insignia de su mayor honor. A fines del siglo pasado se contaban en solo Madrid mas de setenta mil personas profesas de esta V. Orden, siendo las del primer grado y distincion las primeras en solicitar los officios y empleos mas humildes. Sin salir de entre nosotros mismos, ¿qué espectáculo de tanta edificacion no se observaba en este templo ahora cincuenta años, viendo concurrir á los ejercicios infinidad de personas de las mas calificadas?

¿En qué consiste, os ruego, la triste y notable diferencia que lloramos? Yo me atrevo, señores, á decirlo: en que nuestros mayores, como mas sencillos,

eran mas religiosos; como mas desprendidos del mundo, eran mas aplicados al culto y al templo; como mas estudiosos de su salvacion, eran mas frecuentes en los ejercicios de piedád; como mas persuadidos de las ventajas y excelencias de su instituto, eran mas observantes de su regla; de una vez, como dotados de mayor celo por la causa de Dios, miraban con mas ardor los progresos y el esplendor de un Órden que mandó instituir el mismo Cristo para edificacion de su iglesia.

Tenemos muchas ocupaciones, oigo decir á algunos. ; Vano pretexto! ; No tenian nuestros mayores las mismas? Sin embargo el deseo de alabar á Dios y santificar su propia alma les multiplicaba el tiempo, ó por mejor decir, les hacia emplearlo mejor que nosotros. *Una sola cosa es necesaria*, segun el evangelio; esta es, ocuparse en el principal negocio de la salvacion, y escuchar y meditar la pala-

bra de Dios para observarla.

Los que se excusan con pretexto de ocupaciones, ó por motivo de otras frivolidades mundanas, estan ciertamente comprehendidos en aquella terrible parábola del Salvador, que nos conservó S. Lucas. Un hombre, dice, hizo una grande cena, y llamó á muchos, y cuando llegó la hora del convite envió á uno de sus siervos á decir á los convidados que viniesen, porque todo estaba preparado. Todos ellos á una comenzaron á excusarse. El primero le dixo: he comprado una granja, y necesito ir á verla; ruégote que me tengas por excusado. Otro dixo: he comprado cinco yuntas de bueyes, y los quiero ir á probar; ruégote que me tengas por excusado. Otro le dixo: me he casado, y por eso no puedo ir allá... ; No son estas ó semejantes las excusas que se alegan para no asistir á los ejercicios de piedad, y al culto religioso en los dias festivos? Resfriada la caridad y el amor de Dios en la

sucesion de los tiempos, ¿qué podria esperarse sino la negligencia, la desercion y el abandono de las cosas espirituales? Vosotros, señores, lo tocais, ni es necesario que yo pondere unos males tan notorios.

Lo mas sensible es, que todas estas vanas excusas y pretextos, lejos de ponerlos á cubierto, los hacen reos de la ira de Dios, dignos de todo su ódio, y de la exclusion de su reino. Oid cómo se explica el Salvador irritado contra los que se habian excusado de asistir al convite: *en verdad os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados (y se excusaron) gustará mi cena; como si dixera: todos ellos serán excluidos de mi reino celestial: me han desconocido, se han avergonzado de los ejercicios de la religion, del culto y de la piedad, yo me avergonzaré de ellos delante de mi Padre y de los santos ángeles; y aquellos solamente reconoceré y confesaré por míos en su presencia, que me*

hubieren reconocido y confesado delante de los hombres. Tanto hay que temer, señores, de volver á Dios la espalda por gozar de las satisfacciones del mundo, principalmente en los dias consagrados á la piedad y al culto. El reino de los cielos padece violencia, y solo por violencia se arrebata, dice Jesucristo. Es necesario el exercicio de las virtudes mas sublimes, trabajando con el mayor empeño para adquirir por fuerza y por virtud, según la expresion de san Gerónimo, lo que no se posee por naturaleza, porque las pasiones de esta vida no son acreedoras á la gloria futura, objeto único de nuestra peregrinacion. No os engañeis, hermanos míos, Dios no puede ser burlado.

Y vosotros, pequeña grey, si unís á mis deseos vuestra piedad y vuestro celo, no temais, alentad sí vuestra confianza en el Padre de las misericordias. Aún tenemos custódio en Is-

raél; aún vela, digo, sobre este corto rebaño nuestro padre y fundador Francisco, cuya alra proteccion no permitirá que su obra quede por tierra con detrimento de la vuestra. Vosotros mismos sois por herencia los comisionados para defender este muro de la iglesia católica; aplicad á su reparo todas vuestras fuerzas: sacudid, os ruego, la pereza, la desidia, la negligencia que os oprime, porque el comun enemigo vela, y da continuas vueltas al rededor de vosotros, para asaltaros y devoraros con furia. Desechad ese vano y mundano respeto que os detiene; quiero decir, ese frívolo temor de incurrir en la censura de los hijos del siglo, que calumnian vuestra aplicacion al templo. No os avergonceis de los exercicios de la religion, para que Jesucristo no se avergüence de vosotros en el dia de la ira. Atended á la piedra de donde habeis sido cortados: si os gloriais de hijos de Abraham, sean de Abra-

ham vuestras obras; es decir, si os habeis alistado á militar baxo las banderas de Francisco, imitadle en la humildad, en el amor de Dios, en la pobreza de espíritu, en el desprecio del mundo y de las obras de las tinieblas, en la aplicacion al culto, en el celo por la honra y gloria del Señor; para que os conozca por verdaderos hijos de Francisco en el dia del juicio. Asi os lo pido por las entrañas de Jesucristo, y asi lo espero de vuestro celo cristiano, para que unidos en vínculos de paz y caridad en esta vida, merezcamos en la eterna ver y gozar de Dios, que vive y reina, Padre, Hijo, y Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.